

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, SETIEMBRE 15 DE 1875.

{ NUM. 92.

EL CORDERITO.

Venid, queridos míos, que vamos á ver las ovejas, decía un padre á sus hijos. La mañana está apacible y aun brilla en las ramas de los árboles el rocío de la fresca noche; todo pronostica un hermoso día de Abril y es preciso disfrutarle; es preciso ver las ovejas y sus tiernos corderillos ántes de que se pongan en camino. Vedlos allí cómo balan junto á sus madres en aquel terreno desigual, donde han pasado la noche encerrados entre las redes de esparto que sostienen aquellas estacas. Ved cómo el sol que empieza á iluminar el aire, hace resaltar la blancura de los rebañíos sobre el fondo verde de los prados. Esas ovejitas tan mansas y tan dóciles reúnen una porción de circunstancias recomendables que merecen fijar vuestra atención. Antiguamente se sacrificaban corderos y ovejas al verdadero Dios, porque los hombres no encontraban cosa mas digna que ofrecerle, y juzgaban que aquello que tenia mas estima entre ellos, sería tambien lo mas agradable á la Divinidad. El ganado lanar ha sido siempre el mas útil al hombre entre los diversos productos de la naturaleza y de la industria. Las carnes nos proporcionan alimento, las pieles calzado y

abrigo en el invierno, las lanas mas ordinarias sirven para los colchones en que dormimos tan cómodamente, y las mas finas, despues de hiladas y preparadas de varios modos por la industria, sirven para hacer medias, gorros, obras de pasamanería y sobre todo, los paños y telas que empleamos en nuestros vestidos. Acerquémosnos mas á los rediles, para que podais juzgar de la finura y lustre natural de las lanas. Esta es la famosa casta llamada *merina* tan célebre en toda Europa, hoy que los extranjeros se han apresurado á aclimatar en su suelo tan preciosa casta, pero que antiguamente era un rico patrimonio de la España que ejercía una preponderancia exclusiva en este género de comercio. El manantial de riqueza que por la hermosura y valor de sus lanas merinas resultaba á la España, era para la monarquía su verdadero *toison de oro*, y hacia positivas las fabulosas ventajas del *vellocino de oro*.

Ved allí el pastor con su cayado en la mano, y notad tambien aquel robusto mastin con su collar guarnecido de puntas de hierro, que anda rondando por todos lados. Cuando alguna oveja descarriada se pierde ó se quiere escapar por los campos, el fiel animal corre á ella y la hace volver al rebaño. Cuando el lobo anda acechando cómo atraparé alguna oveja ó algun cordero, el perro está muy vigilante

para impedir su mala intencion; y si el lobo se atreve á presentarse, el perro se precipita sobre él y á fuertes mordiscos le ahuyenta ó le obliga á soltar su presa. El perro de ganado es muy valiente y nunca teme al lobo; pero el lobo sí que tiembla del perro. Mirad aquel cómo nos observa: ya conoce él que no traemos mala intencion, que si no, ni vendria aquí de este modo, ni se dejaria acariciar.

Pero atended, que ya salen las ovejas: miradlas qué apiñaditas van, qué aire de mansedumbre tienen! Los corderillos van detrás balando, y á este pasito que veis, andan jornadas muy largas, tomando al mismo tiempo su alimento. Por eso se llama ganado trashumante, esto es, que pasa ó trasmigra de una tierra á otra, á diferencia de otros rebañíos que hay permanentes siempre en la tierra en que se crian. En el veraño van á buscar la frescura y los pastos á las montañas, y en la estacion rigorosa vuelven á sus invernaderos de la llanura, asegurando los mayores que el refinamiento de las lanas consiste en estos viajes anuales y en la mudanza de pastos y aires.

Cuando un rico labrador ó ganadero quiere esquilarse sus rebañíos, reúne para esta faena, no solo á sus criados, sino hasta sus parientes y amigos. Aquel día es un día de fiesta, de regocijo general, de repe-

tidos bríndis y de alegres cantares; toda la casa está revuelta. Conforme vienen las ovejas bien lavadas del río, las atan las patas y las despojan con suma velocidad de su zalea blanca como la nieve, con unas tijerazas de una tercia de largo. Otros trabajadores reciben el vellon y le redondean, separando los extremos, que no son de tan buena calidad como lo restante de la lana, y de manos de éstos pasan los vellones ya redondeados á los apiladores, que los van colocando en el almacén, bien encajonados desde el suelo hasta el techo. Durante la operación del esquila, las ovejitas se dejan manejar y despojar de su lana, sin rebelarse, ni aun quejarse en lo mas mínimo; no parece sino que se alegran de que las traten de aquella manera.

Hecha esta explicación, se llegó el padre al ato de los pastores, donde compró á los niños un corderito blanco y hermoso al que ellos acariciaron mucho. Todos los días le sacaban á paseo al campo y le proporcionaban yerba fresca y abundante. Además, le tenían siempre peinado y lavado, á lo que el cordero se prestaba con la mayor docilidad. Algunos niños conozco yo que no son tan dóciles, ni tan callados como el corderito, y que lloran, gritan y patean, al tiempo de lavarlos y peinarlos.

El rocío.

Por fin amanecieron días serenos y hermosos después de los muchos que se habían pasado sin poder ver el sol. Enrique, que ansiaba repetir aquellos paseos matutinos que daba acompañado de su estimada madre, salió una mañana con ella muy satisfecho de que hubiese llegado aquel momento deseado.

Dirigiéronse madre é hijo á las afueras de la población, y apenas se habían separado de ella dos ó trescientos pasos, cuando dijo Enrique:

—Mire vd., mamá, los zapotes están mojados y la yerba que pisamos lo está también. Si habrá llovido esta noche pasada?

—No, hijo mío, no ha llovido.

—Pero, mamá, observe vd. que las hojas de todas las plantas están llenas de gotitas de agua.

—Es verdad, pero esta agua no procede de la lluvia.

—Pues quién la ha puesto aquí, mamá?

—Te lo explicaré, hijo mío. Tú ya sabes lo que es el vapor de agua; pues recordarás lo que te dije acerca del modo cómo se formaban las nubes y como nos venia la lluvia. Ahora bien; los últimos vapores que se levantan de la tierra cuando está muy próximo á ponerse el sol, no tienen tiempo para elevarse á grande altura, y sorprendidos por el frío de la noche se quedan rastreando la tierra. Sucede luego que las hojas de las plantas pierden también durante la noche mucho calor del que habían recibido en el día, por manera que esos vapores, al tocar la superficie de las citadas hojas se enfrían rápidamente y quedan pegados en las mismas en la forma de gotitas. Eso es lo que se llama *rocío*.

—¿Y para qué sirve el rocío, mamá? A mí me parece que no debe servir para nada bueno.

—Al contrario, hijo mío, el rocío es muy beneficioso á las plantas. Además de que, conviene que sepas, Enrique, que nada de lo que Dios nuestro Señor ha criado en la tierra ni fuera de ella es inútil y mucho menos perjudicial. No importa que nosotros ignoremos el verdadero objeto de muchas cosas; todas ellas, hasta las que en nuestro concepto son mas insignificantes, desempeñan un papel importante en la gran máquina de la creación. Por lo que hace al rocío, es sabido que suple en diferentes casos la falta de lluvia, y que refrescando las plantas les dá mayor lozanía y robustez.

—Conque, dice vd. mamá, que nada de lo que Dios ha criado es perjudicial?

—En efecto, nada es perjudicial.

—Pues y las orugas que destruyen las plantas, y la polilla que roe los vestidos, y los lobos que devoran los corderos, y....

—Nada, nada de lo que dices es perjudicial al fin para que Dios crió el mundo. Lo que sucede es que estos animales que tú citas, y otros varios, nos perjudican á nosotros de una manera directa y que nos

es conocida, al paso que nos favorecen de otra para todos ignorada.

—Siendo así, mamá, no será permitido matar los lobos, ni las orugas, ni las moscas....

—Si lo es, Enrique, porque de no perseguirles crecería demasiado su número, y entonces ya se convertirían en perjudiciales hasta para el mismo fin con que Dios los crió.

Dicho esto prosiguieron su paseo; pero hasta otro número, no os explicaré, queridos niños, lo que hablaron después Enrique y su madre.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONducIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO IV.

DE LAS DIFERENTES ESPECIES DE REUNIONES.

SECCION SEXTA.

De los entierros.

I

Las esquelas de invitación para los entierros deben estar concebidas en términos muy claros y precisos, y sobre todo en los que sean mas serios y usuales, y en ellas no deben aparecer convidando sino los deudos mas inmediatos del difunto. Son extravagantes y aun ridículas las esquelas mal redactadas, las que se apartan de la forma ordinaria, las que contienen expresiones que no son estrictamente necesarias, y aquellas en que nominalmente convidan muchas personas, por mas que el parentesco ó la amistad las autorice á todas para ello.

II

No es lícito convidar para un entierro á personas que no tuvieron relaciones con el difunto, ó que no las tienen con ninguna de las personas que convidan. Sin embargo, cuando fallece un sugeto que estaba investido de un alto carácter público, ó que por sus grandes virtudes y sus servicios á la sociedad gozaba de una notable popularidad, está permitido prescindir de esta prohibición, convidando en el primer caso á los individuos, sean quienes fueren, del gremio á que el difunto pertenecía, y en el segundo á todas las personas que deba suponer deseen tributarle el homenaje de acompañar sus restos.

III

A los parientes y á los amigos íntimos del difunto no se les pasa esquila de invitación: el hacerlo, sería suponer que necesitaban de estímulos extraños para llenar sus deberes, y con razón se vería en ello una ofensa hecha á su carácter y á sus sentimientos.

IV

Los deudos muy inmediatos del difunto y las personas que los han acompañado en la invitación, son los que naturalmente forman el cuerpo de doloridos. Pueden agregarse á él otras personas, cuando un vínculo estrecho y decoroso las haya unido con el difunto y las una con su familia; mas para esto es necesario que preceda una excitación expresa de los principales doloridos. Sin esta restricción, el cuerpo de doloridos podría aumentarse excesivamente y aun llegar á quedar desnaturalizado; pues entonces debería ser la amistad la que moviese á incorporarse á él, y presentes como debe suponerse á todos los relacionados con el difunto, ninguno querría aparecer poco afectuoso, siguiéndose de aquí la incorporación de un crecido número de personas, que bien podrían componer á veces la totalidad de los acompañantes.

V

El padre y el esposo están relevados de asistir al entierro; y respecto á los demás deudos, ellos se

abstendrán de hacerlo, cuando encontrándose profundamente conmovidos, no se sientan con fuerzas bastantes para sobreponerse á su dolor, hasta conducirse con la serenidad y circunspección que exigen todos los actos públicos.

VI

A la hora señalada para la reunión, los doloridos que han de acompañar el féretro se situarán en la pieza en donde éste se encuentre, y allí permanecerán hasta el momento de la salida.

VII

En la marcha á la iglesia, los doloridos se colocarán detrás del féretro; teniéndose para ello presente: 1º, que los puestos preferentes son en primer lugar el centro, y en segundo y tercer lugar la derecha y la izquierda del que ocupe el centro: 2º, que la preferencia en estos casos no la establece la edad ni la categoría de los doloridos, sino el grado de parentesco ó de amistad que los haya unido con el difunto: 3º, que cuando por ser muchos los doloridos han de distribuirse en dos ó mas filas, la preferencia respecto de éstas consiste en la mayor inmediación al féretro.

VIII

En cuanto á los acompañantes, ellos irán siempre en dos alas á uno y otro lado del féretro, marchando á una distancia conveniente unos de otros, de manera que el orden y la simetría contribuyan á dar al acto aquella seriedad que es tan propia de toda pompa fúnebre.

IX

Los acompañantes deben marchar con paso lento, y con un aire de circunspección y recogimiento que armonice con la naturaleza del acto y con la situación de los doloridos; pues es siempre una muestra de civilidad y de cultura, el manifestar en la exterioridad que se participa del dolor de las personas afligidas que se acompañan.

X

Es según esto un acto sobremano incivil é impropio el conversar durante la marcha ó dentro del templo, y el ir una persona apoyada en el brazo de otra. En cuanto á fumar en el tránsito, esta es una falta en que no pueden incurrir jamás ni las personas que solo tengan una ligera idea de la buena educación y de los deberes y prohibiciones que imponen las convenciones sociales (§. XI, artículo 1º del capítulo 4º).

XI

Dentro del templo, los doloridos toman los puestos principales, que son siempre los mas próximos al lugar donde se coloca el féretro; mas entonces, la preferencia en el orden de la colocación consiste en la menor distancia del altar. Respecto de los acompañantes, éstos se colocarán en los demás puestos según la edad y la categoría de cada cual.

XII

Una vez terminados los oficios religiosos, los acompañantes se retiran sin despedirse haciendo solo una cortesía á los doloridos aquellos que encuentren á su salida; * mas los amigos mas inmediatos del difunto se dividen en dos secciones, una de las cuales, junto con alguno de los deudos de éste, vá á acompañar el cadáver hasta su inhumación, y la otra al cuerpo de doloridos hasta la casa de donde salió el entierro.

XIII

Las personas que según el párrafo anterior, acompañen á los doloridos hasta la casa de donde salió el entierro, entrarán con ellos á la sala, y tomarán asiento luego que ellos lo hayan hecho. Pasado un corto rato, en que está prohibida toda conversación en voz alta, la mas caracterizada de aquellas se pon-

* Apoyados en opiniones muy respetables, desaprobamos la costumbre, sobremano molesta y fastidiosa, de que los acompañantes, que muchas veces son centenares de personas, den la mano en este acto á los doloridos.

drá de pié, lo cual harán inmediatamente todos los demás circunstantes, y se despedirá dando la mano á cada uno de los doloridos sin expresarles que toma parte en su sentimiento, pues el solo hecho de haberlos acompañado lo indica suficientemente. Los demás acompañantes que no tengan ningun motivo para permanecer por mas tiempo en la casa, se retirarán en el mismo acto y de la misma manera.

SECCION SÉTIMA.

De las honras funerales.

I

Los parientes y los amigos mas inmediatos al difunto, son los que generalmente acompañan á los doloridos cuando se dirigen al templo. Todos los demás concurrentes se trasladan directamente á éste á la hora designada para la funcion.

II

La colocacion en el templo, así de los doloridos como de los acompañantes, durante los oficios religiosos, es la misma que se ha indicado en el párrafo XI, seccion 6.^a del artículo 4.^o.

III

Terminados los oficios religiosos, los acompañantes se retiran de la misma manera que en los entierros, quedándose solo las personas que acompañaron al templo á los doloridos, para ir en reunion con ellos hasta la casa de donde salieron.

IV

Los que acompañan entónces á los doloridos, entran con ellos á la casa y toman asiento en la sala; observando de allí en adelante en todas sus partes, las reglas contenidas en el párrafo XI, seccion 6.^a del artículo 4.^o.

V

En cualquier tiempo en que se celebren las exequias de una persona, ó se conmemore su muerte con una funcion religiosa, el dia de la ceremonia es un dia de duelo para su familia; y así toda reunion bulliciosa, toda comida de invitacion, todo acto que produzca algun goce, ó que bajo algun respecto incluya la idea del placer, es enteramente impropio y ajeno de las circunstancias, altamente contrario á todo sentimiento de humanidad y de decoro y al mismo tiempo un ultraje que se hace á la memoria del difunto.

VI

Por lo mismo que en el dia de la funcion religiosa se renueva el dolor de la familia del difunto, es natural que alguno de sus parientes y amigos mas inmediatos le hagan compañía, apreciando para ello debidamente las circunstancias, y sujetándose en todo á las reglas contenidas en la seccion quinta del presente artículo.

El milano y el pichon.

(FABULA.)

Pelando estaba á un pichon
Un milano cierto dia,
Y para dorar su accion,
—Ya sé yo vuestra aversion
A mi especie, le decia.
Ya entre mis garras está,
Que siempre la Providencia
Ha vuelto por la inocencia.
—¡Señor milano, ojalá!
Dijo el pichon con vehemencia.
—¡Cómo! replica indignado
El milano: ¿esta verdad
El sacrilego ha dudado?
Pues solo por su maldad
Ha de ser sacrificado.

¡Cuántos como este milano
Disfrazarán su intencion
Con traje de religion!
Pero lo intentan en vano,
Pues se les ve el corazon.

Los mares.

Por efecto de las fuertes y continuadas lluvias que siguieron á la que Enrique oyó caer al levantarse de la cama el dia aquel de que os hablé, el rio que pasaba junto á la villa tuvo una avenida considerable. Desde la azotea de la casa la estaba contemplando Enrique no sin algun temor, porque realmente el empuje de las aguas era extraordinario. En esto, su madre, que lo andaba buscando, llegó y le dijo:

—¿Qué haces aquí, Enrique? ¿No oías que te llamaba?

—No, mamá, no lo habia oido. Estaba contemplando la impetuosidad de la corriente, que parece que todo lo ha de inundar. ¡Cuántas desgracias habrá causado!

—Sin duda alguna que sí, hijo mio; pero Dios lo quiere, y nosotros no debemos hacer otra cosa más que resignarnos, conformándonos con su santa voluntad.

—Pero, mamá, ¿cómo es posible que Dios que es tan bueno permita que sucedan cosas tan malas?

—Hijo mio, nosotros no podemos decir por mas que nos lo parezca, si una cosa es buena ó es mala. Nuestra escasa razon no puede comprender los designios inescrutables de la Divina Providencia. En las mas grandes desgracias que sobrevienen á los hombres, hay siempre un bien oculto que nosotros no sabemos ver, pero que no deja de producir sus resultados con el tiempo. ¿No sabes, Enrique, la historia de S. Ignacio de Loyola?

—No, mamá. Cuéntemela vd.

—Es muy sencilla, hijo mio. San Ignacio era militar, y mientras defendía la ciudad de Pamplona contra las tropas francesas que la habian sitiado, fué herido. Llevado al hospital le curaron, pero esa curacion fué lenta, y á fin de distraerse pidió Ignacio libros para leer. Los que le proporcionaron eran tan buenos que su lectura le impresionó vivamente, hasta el punto de que despues de curado dejó la carrera militar y estudió para ser religioso. Más tarde murió, y ahora es venerado como Santo. Por manera, que un mal tan grave como tú conoces que ha de ser una herida, fué un gran bien para Ignacio, supuesto que fué la causa de su santidad. Así sucede en todas las cosas, y por esto nunca debemos dudar ni murmurar de la bondad de Dios por muchas que sean las desgracias que nos envíe, seguros de que en último resultado todo lo hace para nuestro bien.

Así que la madre de Enrique acabó de hablar, vieron que el rio arrastraba una porcion de cosas pertenecientes á una casa de campo. Entre ellas se veía un baul que pudieron detener algunos hombres, quienes situados convenientemente procuraban coger con grandes garfios lo que la corriente arrastraba. Enrique entusiasmado, dijo:

—Mire vd. mamá, ya han cogido aquel baul.

—En efecto; y yo me alegro, porque así podrán devolverlo á la familia que lo haya perdido. Si se les hubiese escapado, ya nunca más se habria visto.

—Es verdad, dijo Enrique, porque yendo al mar ya no hubiera podido ser encontrado.

—Así es, porque el mar es muy grande. Y dime Enrique, ¿sabes cómo se llama el mar en que desemboca este rio?

—Sí, mamá, se llama *mar Mediterráneo*.

—¿Y no hay otros mares en la tierra?

—Hay otros varios, pero el mas grande se llama *Océano*.

—¿Dónde está el Océano, hijo mio?

—Recuerdo, mamá, que el señor Maestro al explicarnos esto, nos dijo que este mar tan grande llamado Océano, se dividía en cinco partes, las cuales recibían los nombres de *Grande Océano ó mar Pacífico*, *Océano Atlántico*, *Océano Indico*, *Océano glacial del Norte* y *Océano glacial del Sud*.

—Bien; pero tú no me dices, Enrique, dónde están situados.

—Es que no lo recuerdo bien; mas estoy seguro de que si viese el mapa lo sabría desde luego.

—Pues en este caso vámonos á la sala, y allí delante del *mapa mundi* me lo explicarás.

En efecto; dejaron Enrique y su madre la azotea, y así que estuvieron delante del mapa, el niño se subió á una silla y señalando con el dedo, dijo:

—Mire vd., mamá, el Grande Océano se halla entre el occidente de América y el oriente de Asia; el Océano Atlántico está comprendido entre el occidente de Europa y Africa, y el oriente de América; el Océano Indico baña las costas del Sud de Asia y del oriente de Africa, y los mares glaciales se encuentran uno en el polo Norte, llamado tambien *Artico*, y otro en el polo Sud ó *Antártico*.

—Perfectamente, hijo mio, veo que te aprovechas de las lecciones que el señor Maestro os dá en la escuela. Pero tú me has dicho que nuestro rio, que como sabes se llama *Llobregat*, desemboca en el mar Mediterráneo, y observo que no me lo has nombrado entre los demás mares.

—Bien mamá, es porque el Mediterráneo no es ningun Océano.

—Explícate, Enrique.

—Verá vd.; hay porciones del Océano que se meten por dentro de la tierra y forman unos mares mas pequeños que se llaman *internos ó mediterráneos*. El que vemos desde Barcelona es uno de esta clase, y se comunica con el Océano Atlántico por el *Estrecho* de Gibraltar que está al Sud de España.

Enrique señalaba con precision en el mapa lo que iba diciendo, y su madre muy satisfecha de su aplicacion, le abrazó cariñosamente demostrándole así lo mucho que le amaba.

El niño y la bujía.

«Si fuera cual tú, bujía,
Cuánta fuera mi ventura!
Poder con mi llama pura
Hacer de la noche dia,
Y tener sobre mi frente
Un bello y rubio arbol
Que ilumina, como el sol,
Con su luz resplandeciente.»

De este modo un niño hablaba
A una olvidada bujía
Que en un candelabro ardia
Y pura luz irradiaba.
Cuando la bujía oyó
Las voces del pobre niño,
Con acento de cariño
De esto modo contestó:

«Lo que deseas, presumo,
No conoce tu bondad:
Yo brillo mucho, es verdad,
Mas yo misma me consumo.»

Haz bien y no mires á quién.

(Anécdota.)

El refran que sirve de título á esta anécdota, es, queridos niños, el que mas le cuadra, y el que os recomiendo, porque si lo reteneis con cuidado en la memoria y lo adoptais como norma de vuestra conducta en todos los períodos de la vida, alcanzareis la eternidad feliz, esto es, el cielo donde Dios premia con largueza todas las virtudes, pero principalmente la de la caridad.

En una mañana del mes de Diciembre del año de 1854, un hombre vestido muy pobremente y con la mirada triste, entró, despues de muchas vacilaciones, en un café de una ciudad muy populosa. Sentóse y pidió que le sirviesen una taza de café con leche y un panecillo. Así que tuvo delante este ligero desayuno, se lo comió con un afán tan grande, que á los pocos minutos habia concluido.

Despues, salió corriendo, pero el mozo, que conoció al instante que se marchaba sin pagar el gasto, salió tras él para detenerle. Mas la dueña del establecimiento, que era una señora muy caritativa, y que habia observado el modo especial con que aquel sugeto tragó su desayuno, llamó al mozo diciéndole:

—Déjale, Antonio, el infeliz tiene trazas de no haber comido en una semana.

Al día siguiente, presentóse el mismo sugeto y pidió que le sirviesen un desayuno como el del día anterior.

Tragóse también con un apetito insaciable y marchóse corriendo sin dejar un cuarto.

La señora conoció desde este momento que aquel hombre sería un pobre infeliz que reducido á una extremada miseria, no tenía suficiente valor para mendigar un pedazo de pan. Por esto, dijo á los mozos: Si vuelve ese sugeto, le servireis cada día el desayuno que os pida, sin exigirle nada.

En efecto, volvió al otro día, y al otro y al otro, y siempre despachaba el desayuno con la misma voracidad. Mas luego que comprendió que nada tenía que temer, y que se le daba aquel sencillito almuerzo como una limosna, salía despacio del café, dirigiendo una mirada de inmensa gratitud acompañada de un expresivo saludo á la dueña del mismo que se hallaba en el mostrador.

Esto sucedió por espacio de cincuenta días, hasta que después desapareció sin volver á presentarse más. Pasaron años y más años y aquella buena señora se había olvidado ya del infeliz á quien dió de almorzar de una manera tan delicada por espacio de cerca de dos meses, cuando un día del mes de Noviembre del año pasado, entró en su establecimiento un caballero, quien dirigiéndose al mostrador, preguntó:

—¿La señora X?...

—Servidora de vd., contestó la dueña de la casa.

—Muy señora mía: soy el notario Sr. S. y vengo á anunciar á vd. que tiene en mi casa á su disposición una suma de 10,000 duros legada por el Sr. H...

—¿Por el Sr. H?.... Debe vd. estar equivocado, caballero: no conozco á ninguna persona de este nombre.

—No, señora, no me equivoco. Si vd. se toma la molestia de venir á mi casa, comprenderá vd. por la cláusula del testamento, que aunque el nombre de H... le sea desconocido, no lo fué de vd. el sugeto que lo llevaba.

La señora X..., creyendo siempre que el notario padecía una equivocación, le siguió á su domicilio, y allí, con mucho asombro, leyó las siguientes líneas, estampadas en una disposición testamentaria de fecha reciente.

«Item. Lego á la señora X..., propietaria del café F..., situado en la calle tal, de tal población, ó á su heredero, en el caso que hubiese fallecido, 10,000 duros, en pago de los almuerzos que tomé en su casa en la época más crítica de mi vida, cuyos almuerzos me impidieron entonces morir de hambre, y por los cuales tuvo la generosidad de no exigirme ningún dinero. Quiero que esta suma se le entregue en efectivo en el momento en que le sea leída la presente cláusula.»

La señora X... con los ojos arrasados en lágrimas, recordó entonces al infeliz de 1854, á aquel pobre hombre que almorzaba en su casa sin pagar nada, porque se conocía que estaba reducido á la más extrema miseria.

El notario le dijo entonces, que en la época en que el Sr. H... iba á su casa á tomar el desayuno, acababa de perder por caprichos de fortuna todo cuanto poseía, y que luego, un destino que ese le proporcionó y la herencia de un tío le habían sacado de la espantosa miseria en que se encontraba, concluyendo por observar á aquella buena señora, que su gran caridad había recibido ya un premio en la vida presente, pero que continuando como hasta entonces, le estaba reservado otro inmensamente mayor para después de su muerte, que sería el gozar de la dicha y de la felicidad eternas.

El perro y el gato.

(FABULA.)

Juan, un perro que tenía
A su compadre vendió;
Pero el perro el mismo día
Tomó pipa, y se volvió
A la casa en que vivía.
Este celo pagó Juan
Sacudiéndole un trancazo,

De modo que el pobre can
Se volvió pian, pian,
Magullado el espinazo.

Un gato, que á largo trecho
Vió que el perro se admiraba
De lo que Juan había hecho,
Le dijo: ¿pues qué pensaba?
Cada cual á su provecho.

El arco-iris.

¿Quereis saber, hijos míos, la causa de ese fenómeno?

La luz que recibimos del sol forma una sombra de siete colores, cuando atraviesa un cristal de tres caras.

Esto mismo sucede, pues, cuando los rayos solares atraviesan oblicuamente las gotitas de agua que caen al tiempo de llover.

Así es, que si las nubes no impiden el paso á la luz del sol, si llueve, y si aquella viene inclinada á la dirección de la lluvia, vereis pintado en la atmósfera un arco más ó menos grande, en el cual se observan los colores siguientes:

Encarnado, anaranjado, amarillo, verde, azul, morado y gris.

Si fuérais pintores, podríais sacar de esto una aplicación muy curiosa, y que voy á explicaros con muy pocas palabras.

Con dos colores de los siete que ordenadamente os he nombrado, podeis formar siempre el que se encubre en medio de ellos.

Así sucede, que la mezcla del encarnado y amarillo es de color anaranjado.

La mezcla del anaranjado y verde es amarillo.

La mezcla del amarillo y azul es verde.

Y la mezcla del verde y el gris, es azul.

¡Bendito sea Dios, que en todos los fenómenos de la naturaleza nos presenta una provechosa enseñanza!

La yedra y el tomillo.

[FABULA.]

¡Cómo lloro tu suerte!

La verde yedra un día

Al tomillo oloroso

En compasivas voces le decía.

Un débil tronco apenas

Asegura tu vida,

Cuando lozano el mío,

Abraza y señorea la alta encina.

—Nadie puede negarte,

El tomillo replica,

Tu gigante estatura

De que blasonas, nécia y atrevida.

Yo, sin apoyo alguno,

Me formo cual me miras;

Mas tú, arrogante, dime,

Sin el ageno tronco ¿qué serías?

¡Miseros traductores

Editores sin guía,

Comentadores vanos,

Del tomillo aprended la indirectilla.

AFORISMOS.

Las jóvenes deben guardarse del orgullo y la vanidad.

Porque el orgullo no es un vicio loco precisamente porque cueste mucho; no, es un vicio damnable más que otro alguno, á causa de que nos aleja de Dios; por tanto, todo el que sea de corazón recto, debe evitarlo.

Un orgulloso es un enemigo de Dios, que es todo dulzura, benevolencia y piedad; un orgulloso es un objeto de desprecio y aborrecimiento para todos sus vecinos, y es su propia destrucción.

Las jóvenes deben aspirar á la humildad, el orden y la pureza.

La modestia es el distintivo de una pura madre de familia; la humildad, el de una madre inteligente; el orden y la limpieza, el de una prudente.—MOSCHEROSCH.

La moralidad de la mujer es una propiedad y no un principio.

Se puede corregir á los muchachos con el mal ejemplo de un ébrio Helot; pero á las mujeres, solo con buenos ejemplos.

Un joven pervertido puede tomar un buen partido y pasear precipitadamente su habitación, derramando ardientes lágrimas y diciendo: «Cambiaré mi modo de vivir,» y lo conseguirá.

Pero de poquísimas mujeres he oído decir que hayan cambiado así.

En la opinión del mundo, las faltas de los hombres son como manchas pequeñas que no dejan señal; las de las mujeres son como las señales de la viruela, profundamente impresas en la memoria; al ménos en la del público.—J. P. RITCHER.

La falsa creencia de que una niña necesita saber poco, ha producido ya amarguísimos frutos.

Consideramos como una desgracia toda educación superior, y por consiguiente la de la mujer. Pero no lo es ménos el dejar á las jóvenes entrar en el mundo y asumir sus deberes de la vida sin aquel conocimiento de ellos y sin aquel tacto que les son indispensables; sin haber adquirido una extensión y profundidad de moral, y una cultura intelectual y estética tales, que las hagan sentirse plenamente preparadas para la vocación que las espere.

Por desgracia, la educación de las niñas es muy insuficiente, en especial si se compara con la de los jóvenes.

Este estado de cosas no debiera durar más; en parte, por interés del sexo femenino en particular, y en parte, por interés de toda la humanidad.

Porque, ¿á que manos, si no á las de las madres, encomendarán las generaciones futuras la educación y cultura de sus hijos?—MENCKE.

Los canarios y el jilguero.

(FABULA.)

Encontró entre los suyos cierto día

Una joven canaria

Un huevo de jilguero;

Y la pobre, engañada,

Cubrióle como propio,

Y á luz salió un jilguero sin desgracia.

De canario y canaria

Recibía sin tasa

Alimento y caricias, de manera

Que con todos sus hijos le igualaban,

A pesar de que vieron por la pluma

El engaño á poquísimas semanas.

Ya un día otro jilguero,

Algo envidioso de ventura tanta,

Fué en su busca, y le dijo:

—Es tiempo que conozcas tu prosapia.

Esos que tú por padres reverencias,

Has de saber que no te atañen nada,

Y que eres un jilguero hecho y derecho;

Y si de mis palabras

Llegares á dudar, mira la pluma

De tus hermosas alas,

Mira tu pico, mira tu cabeza.

—Cierto será lo que hablas,

Le respondió el ingerto;

Pero supuesto que los dos me tratan

Como si fuera suyo,

Por padres les conozco; que en sustancia,

Mas padres son los que supieron serlo,

Que los que así, porque lo son, se llaman.

PROBLEMAS DE ARITMÉTICA.

1º En un camino se han plantado árboles en cada orilla, á la distancia unos de otros de 5 metros, y en una longitud de 3846 metros. ¿Cuántos árboles se han plantado?

RESOLUCION DE LOS PROBLEMAS INSERTOS EN EL NUMERO ANTERIOR.

ARITMÉTICA.

1º $\frac{4}{7}$ de estanque.